

EL JAZZ Y LOS LIBROS

THE ART OF JAZZ

Editado por **Martin Williams**
(Cassell, Londres)

Esta obra, publicada anteriormente en los Estados Unidos por la Oxford University Press, ha sido juzgada lo suficientemente importante por la casa londinense Cassell para presentar a los aficionados de nuestro continente una edición europea de la misma. Debemos felicitarlos, pues el libro constituye una cautivante antología de ensayos sobre diversos capítulos de la historia del jazz — ensayos penetrantes, bien escritos y desprovistos de toda pedantería.

Tal es por lo menos la impresión que produce el libro en su totalidad. Si bien es verdad que algunos de los estudios no son de un nivel muy elevado, quedan plenamente compensados por los demás.

Toda la historia del jazz queda descrita en este libro. Los orígenes de esta música están tratados con más minuciosidad que sus formas contemporáneas. La obra consta de 237 páginas de texto. El estudio de Paul Oliver sobre Big Maceo, que cierra las páginas dedicadas al jazz preclásico, termina en la página 121. Duke Ellington, Billie Holiday, Art Tatum y Charlie Christian son recordados en unas sesenta páginas y el estilo **be bop** hace su aparición en la página 187. No obstante, estos «capítulos escogidos» han sido reunidos con inteligencia y, si no pretenden dar un resumen panorámico de tal o cual período, ofrecen al lector una precisa imagen del asunto abordado.

Tal es el caso en particular del primero de estos estudios, el de Ernst Ansermet, que trata de la Southern Syncopated Orchestra. Escritas en 1919, estas páginas han sido reproducidas más de una vez desde entonces, pero siguen siendo cautivantes por la lucidez con la que el gran director de orquesta ha sabido distinguir varias de las características esenciales del arte musical negro-americano. En ellas se atrae igualmente la atención hacia un joven clarinetista llamado Sidney Bechet...

Los capítulos consagrados al **ragtime**, por Guy Waterman, y a Sonny Terry, por Marshall Stearns, son interesantes, para no decir memorables.

William Russell habla de Jelly Roll Morton y de los pianistas de **boogie woogie** con una claridad y un entusiasmo que quedan desgraciadamente perjudicados por cierta carencia de conocimiento crítico. El lector no puede dejar de experimentar asombro al enterarse de que «para encontrar una imaginación más rica que la de Jelly Roll Morton, así como una mayor destreza en las variaciones melódicas, sólo se puede acudir a Bunk Johnson». Semejante afirmación nos hace dudar de la capacidad del autor, impresión que refuerza el resto del mismo párrafo, en el que se hacen algunas reservas con respecto a Louis Armstrong. Sin embargo, el conocimiento de los hechos históricos y la claridad del análisis compensan parcialmente esta debilidad.

El breve estudio de la Creole Jazz Band de King Oliver, por Larry Gushee, no aporta nada nuevo a pesar de la entusiasta presentación de Martin Williams. Lo mismo se puede decir de las páginas en las que el propio Williams transcribe, comentándolas brevemente, palabras de blues. Por el contrario, Ross Russell presenta a James P. Johnson con inteligencia, precisión y vehemencia, mostrando al mismo tiempo al hombre y al pianista de jazz.

George Avakian evoca a Bix Beiderbecke y a Bessie Smith en unas páginas magníficas y llenas de entusiasmo a la vez. Al enterarnos de que todos estos ensayos han sido copiados de textos escritos originalmente para ilustrar fundas de los discos americanos, nos damos cuenta de que éste es un ejemplo que se debería repetir con más frecuencia en el continente europeo, porque ¿cuántos son los discos de jazz que se editan, por ejemplo en España, con un texto en su funda que merezca ser reproducido en las páginas de un libro?

Paul Oliver habla de Big Maceo con su reconocida competencia. Charles Fox recuerda los años 30 de la producción ellingtoniana, mientras que Vic Bellerby presenta un inteligente resumen de la diversidad que caracteriza al propio Ellington. Estos tres ensayos figuran entre los mejores del libro a pesar de un pequeño error en el último de ellos: Vic Bellerby habla (página 156) del acompañamiento proporcionado por Johnny Hodges durante el solo de trombón de Tyree Glenn en **Hy'a Sue**, cuando no se tra-

ta en realidad de un saxo alto, sino del saxo tenor de Jimmy Hamilton.

El trabajo de Glenn Coulter sobre Billie Holiday se cuenta entre los mejores de la obra, pues es manifiesto que el autor ama a su personaje y sabe hacer sentir al lector el porqué de esta predilección.

The Genius of Art Tatum constituye el único capítulo parcialmente negativo del libro de Martin Williams. Se puede permitir al autor de este ensayo que permanezca indiferente ante la audición de los solos de piano de Tatum, pero no por esto hemos de negarle su inteligencia en el desarrollo de su cometido.

Un buen trabajo de Al Avakian en colaboración con Bob Prince sobre Charlie Christian precede el estudio de Ross Russell sobre el estilo **be-bop**. Escritas hace unos doce años, estas páginas conservan intacto su interés y valor documental, constituyendo aún en la actualidad un excelente resumen de las particularidades de este estilo. El breve espacio que Paul Bacon consagró a Thelonious Monk en 1948 representa una importante contribución al conocimiento de este músico, contribución que el lector de 1960 leerá también con interés.

En cuanto al artículo de Max Harrison dedicado al Modern Jazz Quartet, es el mejor estudio que se ha escrito sobre este grupo. Sus cualidades son las que se precisan en todo estudio crítico: gran habilidad tanto en el terreno del Jazz como en cualquier otro aspecto, inteligencia, profundidad y simplicidad. Max Harrison no pretende en ningún momento impresionar a sus lectores con consideraciones extra musicales o pseudo-filosóficas, pero centra su esfuerzo en situar a su personaje en la perspectiva que le conviene tanto estética como histórica.

El libro contiene todavía algunas páginas penetrantes de Martin Williams sobre el posible porvenir del jazz, así como una lista de discos muy representativa.

Es ésta una obra que todo aficionado al jazz que conozca el inglés debe tener en su biblioteca. Constituye una importante antología de estudios, pero, al mismo tiempo, y puede que sea ésta su mayor cualidad, sugiere al lector una manera de leer y comprender. Y tal debe ser el objetivo de toda crítica musical digna de este nombre.